porque si mueres en esa ocupación te has de condenar; pero yo te ofrezco alcanzar de mi Esposo la seguridad de tu salvación, haciendo que no desempeñes aquel cargo cuando mueras.» En efecto, Don Jerónimo no consiguió el deseado destino; y al poco tiempo murió.

Sirva de conclusión á este capítulo una máxima del Beato Cura de Ars: «Por donde pasa un santo, pasa Dios.»

Señor de las misericordias, dadnos santos, porque habemos menester mediadores y modelos de virtud.

CAPÍTULO XXVIII.

MARIANA DE JESÚS, PROVIDENCIA DE LOS POBRES Y ENFERMOS.

SUMARIO. Compasión con los seres irracionales. — Beneficios espirituales y corporales. — Milagros de la caridad. — Distribución diaria de socorros. — Doctrina cristiana. — Aseo de los pobres. — El pan bajado del cielo. — Los pies de los pobres. — Llave de la despensa. — Mariana asiste á los enfermos cual Hermana de la Caridad. — Saliva por remedio. — «¡Qué eficaz medicina la carne de vaca!» — Tisana milagrosa etc.

SÉANOS permitido consignar aquí, por vía de introducción al presente capítulo, una anécdota que nos patentiza cuán bueno y tierno era el corazón de la virgen quiteña. Alimenta Dios, con cariñosa providencia, además del hombre, rey de la creación, la avecilla que revolotea por los aires, el león que ruge en las selvas y el pez que juega en el agua.

Asimismo Mariana, vaciada en el molde de la divina bondad, hace extensiva su eficaz conmiseración á los seres irracionales. Movida de esa su compasión, se tomó el cuidado de mantener durante un mes á un perro que por sus fechorías había sido arrojado á un profundo pozo seco, de donde lo sacó la compasiva niña del modo siguiente: Ayudada por sus sobrinas Juana y Sebastiana, toma una cuerda, ata á ella un cesto y lo baja al pozo, creyendo que el perro se metería en él como por instinto. Después de un rato, las tres á una tiran de la soga; sienten peso y resistencia, ¡buena señal! Por fin el perro asoma al brocal del pozo, con las dos patas delanteras amarradas al cordel. ¿Y la canasta? Queda en la cisterna. Mas ¿quién ató al perro? Providencia de Dios, que quiso así mostrar á Mariana lo agradable que le era su compasión.

Que esta compasión haya sido inmensamente mayor en pro de sus semejantes y hermanos en Jesucristo, excusado es decirlo; pues elocuentísimos son los hechos sobre este particular.

Corría inminente riesgo de naufragar, cual bajel sin timón ni áncora, en el tempestuoso mar de la licencia y escándalo una viuda con sus tres hijas. La pobreza, la juventud y tal vez las gracias naturales, todo las exponía á ser el juguete de embravecidas olas. Mariana, que tan poco se preocupaba del alimento corporal, tomaba todos los días, una vez levantada la mesa, su ración de comida, y la mandaba á la desvalida familia. Tan del agrado de Dios era esta caridad, que la pagó en esta vida con monedas de continuados milagros.

Cuando las personas de servicio hacían el pan, allá iba Mariana, quien, tratándose de aliviar al prójimo, nunca paró mientes en frío ni en calor. Preguntada á qué fin trabajaba, puesto que el pan que amasaba no era para ella, contestaba: «Y aun cuando yo no lo coma, ¿faltará algún pobre en quien se logre mejor?» Al decir esto aludía á la familia de la viuda. Toma en seguida dos onzas de masa, y mientras con sus angelicales manos la trabaja, se aumenta tanto, que de tan escasa materia forma un pan grande y hermoso: «que excede en cantidad y regalos á todos los de la hornada». — ¡Que Dios, protector de los inocentes y padre de los huérfanos, multiplique en la sociedad imitadoras de la Beata quiteña, y que esas almas, sabiamente caritativas, resguarden, en las personas que peligran, la fe y la virtud, y veremos menos azucenas marchitas en jardines abiertos al público!

Doña María Rodríguez de Paredes había mandado hacer un traje nuevo. Mas faltábale el dinero para pagar la hechura, pues quien lo tenía era su tutor, á la sazón ausente de Quito. Fué la desconsolada señorita á comunicar sus apuros á Mariana, su prima. Dióle ésta varios consejos, entre otros el de confiar en Dios, que, en calidad de Padre, jamás deja de socorrernos oportunamente. Al despedirla le rogó se dignara cerrar la ventana. Pero al intentar realizarlo no acertaba en aquella operación de suyo tan sencilla. Por fin, á indicación de Mariana, miró si no había algún estorbo en el marco. ¡Eran algunas monedas, las necesarias para pagar á la costurera y

tomarle el vestido recién confeccionado. «¿Qué más queréis», díjole Mariana, «si Dios ha dado el remedio conforme á vuestra necesidad?»

Don Cosme de Caso no era de esos hombres que, después de haber socorrido con cualquiera limosna baladí á uno que otro mendigo, creen haber hecho mucho, y repelen á los demás diciendo fríamente: «Ya di, ya cumplí; váyanse á otra parte.» La palabra *basta* no era conocida en la familia del antiguo capitán español; á su puerta eran diarias las distribuciones de socorros á los menesterosos, y Mariana corría con ellas: cargo hermosísimo á los ojos de la fe. La compasiva doncella, como deben hacerlo todos los cristianos dignos de este nombre, al repartir limosnas, practicaba, no la filantropía que obedece á motivos puramente naturales, sino la caridad que mira y sirve á Cristo en los indigentes. Por lo cual les distribuía no sólo el pan que sustenta el cuerpo, sino también el pan que nutre y vivifica el alma: les enseñaba la Doctrina cristiana, y cuanto es necesario saber y practicar para salvarse; y lo hacía, según el Padre Butrón, con tanta caridad y llaneza de palabras, y con tantos ejemplos y comparaciones, que las verdades de la fe se imprimían fácilmente en inteligencias no avezadas al discurso y raciocinio; y á su tiempo daban el deseado fruto de conversión y vida cristiana. Mientras Mariana ejercitaba estas obras de misericordia corporal y espiritual, brillaba en su exterior, mayormente en su fisonomía y lenguaje, aquella bondad majestuosa, aquella sencillez llena de dignidad, aquella humildad encantadora del Salvador, cuando

decía: «Venid á mí los que sufrís, que yo os aliviaré.» Al ver á Mariana rodeada de pobres á cual más andrajosos y harapientos, diríase que era una madre de familia que, tan valerosa como tierna, presta á un hijo sarnoso los más repugnantes servicios. Y en verdad, la sierva de Dios y su sobrina Sebastiana escogían cada cual entre los mendigos á uno que no tenía más título para su elección que el ser más desarrapado, más fétido y más lleno de miserias; y con caridad angelical y exquisita delicadeza le aseaban desde los pies hasta la cabeza. Luego Mariana sacaba de su aposento un canastillo de panes finos y sabrosos. Estos panes, cuya procedencia fué siempre un misterio para todos, eran llamados *panes bajados del cielo,* y del cielo debían de venir, puesto que en la casa de Mariana nunca jamás se habían visto panes iguales en forma y calidad.

Ya á punto de retirarse los pobres, contentos y agradecidos, antes quiere Mariana recibir de ellos un favor, que solamente la fe nos hará estimar por tal: colocados en dos grandes filas, póstrase á los pies de cada uno y se los besa; realizando así la máxima de San Vicente de Paúl: los pobres son nuestros amos y señores, y nosotros somos sus humildes servidores.

Protegía la solitaria á los desheredados de la fortuna con los cuantiosos socorros que ella misma recibía de caridad. Á más de esas distribuciones les consagraba el sudor de su frente. En efecto ocupábase cada día tres horas en labores de manos, y el

producto de aquel trabajo, con el permiso del confesor, llegaba por vías secretas á los menesterosos, y de allí al seno de Dios.

El amor, si es verdadero, es industrioso, y para llegar á sus fines inventa trazas admirables. Nuestra caritativa santa había celebrado con sus amados pobres un convenio, en virtud del cual les bastaría, en caso de urgente necesidad, llamarle la atención tirando una piedra á su ventana ó haciendo cualquiera otra señal. Poníase Mariana á disposición de ellos, con más prontitud que un cortesano sirve á su monarca. Si encontraba entonces en su cuarto alguna cosa con que auxiliarlos, se la echaba por la ventana. Si estaba sin nada, dejando á Dios por Dios, volaba en alas de la piedad á los suyos en demanda de socorros. Por toda contestación, su hermana Doña Jerónima, ó sus sobrinas, le entregaban la llave de la despensa. Que la sierva de Dios haya aprovechado este permiso largamente y á medida de sus deseos, sacando con ambas manos provisiones de toda clase, bien se puede colegir de lo que llevamos dicho. Lo que no hemos contado es que en la despensa nunca jamás se notaba merma. Al paso que la compasiva Mariana vaciaba las arcas, Dios las llenaba. Sus mismos parientes no acababan de entenderlo; por eso le echaban en cara su falta de confianza para con ellos y su poco amor á los necesitados. Asegurábales Mariana lo contrario; y sin darles á conocer el aumento milagroso de las provisiones, añadía que los pobres se habían ido muy satisfechos.

Confirman nuestro aserto estas frases del Ilustrísimo Señor González Suárez:

«Aunque Mariana se mantenía retraída del trato y conversación mundana, abandonaba su retiro cuando la caridad fraterna reclamaba sus oficios; y entonces acudía de preferencia á los pobres y desvalidos, principalmente á los indígenas, de quienes se manifestaba siempre condolida y amiga.» [1]

La casa de Don Cosme, merced sobre todo á nuestra Beata, era como el palacio de la misericordia; á su puerta ningún menesteroso pidió socorro sin recibirlo; ninguno llamó sin ser introducido; ninguno buscó consuelo sin hallarlo abundante. Si hoy día las familias acomodadas practicasen las obras de misericordia espiritual y corporal en la misma escala, ¿no se resolverían muchos grandes problemas sociales? Mas ¡ay! ¡para cuántos la beneficencia, ya porque no se practica, ya porque se practica mal, ha dejado de ser caridad! Recordemos una máxima del divino Maestro: «Porque abundan los vicios, la caridad de muchos se resfría.»

Mariana, á más de ser la esclava y la madre de los desvalidos y pobres, era para los enfermos más que una Hermana de la Caridad. Apenas enfermaba alguno de su casa, aunque fuese el último de los indios y jornaleros, la santa se hacía toda y se multiplicaba para el paciente: haciendo de médico, agotaba el repertorio de las recetas usuales y caseras; como cocinera, preparaba personalmente las tisanas

[1] Historia del Ecuador t. IV.

y los convenientes manjares; y en calidad de enfermera, daba con sus propias manos los remedios al doliente, y asistíale en todo. No podía oir sin conmoverse los quejidos de quienes sufrían. Ingeniábase para consolarlos con palabras más dulces que la miel, para inspirarles confianza, prometiéndoles sus oraciones, y para animarles á sufrir cristianamente, refiriéndoles oportunos ejemplos. Así que cuantos fueron atendidos por ella, mejoraron; cosa que no pudo siempre prestarles la ciencia de la medicina.

La caridad cristiana, cual la practicaba nuestra santa, contribuye en gran manera al alivio físico y moral de los dolientes, bien porque es más esmerada, bien por levantar más eficazmente el ánimo decaído, bien sea por merecer las bendiciones de Dios, autor de la salud.

Entre todas las enfermedades la peor es indudablemente la locura, mayormente cuando la acompañan la penuria y el desamparo. Ésta fué la suerte por demás lamentable que le tocó á cierto cura de indios. Vivía de la caridad pública. Si Mariana tenía entrañable amor á todos los miembros dolientes de Jesucristo, á este sacerdote amaba con amor duplicado. Á sus ojos ilustrados por la fe era aquel infeliz demente un ministro del Salvador, su Esposo; un mártir, un apóstol, un pastor de almas y, añadiré, un justo, un hijo adoptivo de Dios, un heredero del cielo. Pues de advertir es que la santa sabía por revelación que el enfermo estaba en gracia de Dios. Á pesar de ser aquel sacerdote objeto de general compasión, era objeto de burla para los muchachos.

Á la vista de esas mofas y escarnios que cedían en mengua del respeto debido á los clérigos, la tierna virgen se acongojaba y lloraba de pena, y le prodigaba toda suerte de auxilios. Parecía darse cuenta de esas atenciones el loco, pues no obstante sus extravagancias daba señales de cariño y agradecimiento á su angelical protectora.

Ya hemos hablado de los remedios caseros de Mariana; pero cuando eran ineficaces los de la tierra, apelaba á los del cielo; así que no pocas veces obró curaciones milagrosas.

En prueba de lo cual nos ceñiremos á mencionar los dos hechos siguientes, que refiere el Padre Butrón. Á Doña María Rodríguez de Paredes, prima de nuestra santa, se le había lastimado el dedo de un pie tan gravemente que se temía la gangrena, y la paciente cojeaba de un modo horrible. Arrastróse un día, como mejor pudo, al cuarto de Mariana, á quien encareció el triste estado del pie y los agudos dolores que sufría. Compadecida la virgen, le dijo que se descalzase; tomó con la punta del dedo un poco de saliva, friccionó con ella la parte dañada, y poniendo sobre esa misma llaga una hoja de cierta planta que se ignora, le aseguró que muy pronto estaría sana. Al cabo de doce horas, le preguntó la Beata cómo se hallaba. «El pie está bueno desde que lo han tocado tus manos», tal fué la respuesta de la enferma; quiso verlo de nuevo la Beata, so pretexto de proseguir la cura; mas al inspeccionarlo comprobó con sus propios ojos que habían desaparecido hasta las cicatrices de la herida.

Al ausentarse de Quito para visitar sus haciendas, Don Juan Guerrero de Salazar y su esposa Doña Juana de Caso encargaron á Mariana el cuidado de una niña de tres años de edad. Jugaba un día ésta en el patio de la casa, cuando llegó de la hacienda una recua de mulas. En vez de resguardarse la niñita se acerca tanto á una de las bestias de carga, que recibe en la cara una coz, que le destroza narices y mandíbula, quedando tendida en el suelo, bañada en su sangre y sin señal de vida. La india Catalina, presente á esta desgracia, sin poderla prevenir, coge en brazos á la víctima que ya tiene por muerta, y deshecha en llanto corre al cuarto de Mariana, quien le sale al encuentro, sin duda por algún aviso de lo alto. Á su vez toma ésta en sus brazos á la niña, si no muerta, ciertamente moribunda, exclamando: «¡Ay Dios mío! ¿qué dirán ahora sus padres? ¿qué descargo daré yo de este suceso?» Empero, aliéntase su confianza en el poder de Dios; manda por un pedazo de carne de vaca y la aplica al destrozado rostro de la niña. Después de encerrarse con ella en su cuarto, cual otro Eliseo antes de resucitar al hijo de la Sunamitis, la recuesta en su propia cama; arrodillada á su lado, reza durante una hora con fervor y confianza, con suspiros y lágrimas. Por último, toma de nuevo en sus brazos á la niña. ¡Oh prodigio! está buena y sana; tanto que no conserva de las heridas más que una cicatriz insignificante, en forma de hilito apenas visible. «¡Oh qué eficaz medicina ha sido la carne de vaca!» dice una y otra vez Mariana á los de casa para

encubrir el milagro, «pues con ella ha curado Dios á mi sobrina.»

¿Trátase aquí de una resurrección ó de una curación? No es fácil decidirlo, por cuanto los testigos en el Proceso sólo declaran que la niña no daba señal de vida. De todos modos, el milagro es evidente. Añadamos que esta niña es la misma Catalina de quien hemos hecho mención al hablar de Doña Juana de Caso, su madre; y que no se mostró desagradecida á Dios, pues fué hija dignísima de Santa Teresa.

Doña María de Paredes, hermana de nuestra virgen, de resultas de una fiebre maligna estaba desahuciada de los médicos. Empero, más poderosa fué la santa que los facultativos. «No, no, de esta vez no se ha de morir; yo le enviaré una bebida con que mejorará y recobrará la salud.» Dichas estas palabras, Mariana coció en agua unas rosas secas que habían servido de adorno al difunto cuerpo de Santa Rosa de Lima. Lo mismo fué beber la enferma con fe aquella tisana, que empezar á mejorar.

Lo escrito en este capítulo demuestra la exactitud de su título: «Mariana, providencia de los pobres y enfermos.» Tanta verdad es que la piedad sirve para todo, según dice el Apóstol [1].

[1] I Tim. IV, 8.

CAPÍTULO XXIX.

MARIANA CONSUELO EN LAS TRIBULACIONES Y TRANCES ANGUSTIOSOS.

SUMARIO. «No vayas contra la voluntad de Dios.» — «Nuestro hermano está salvo.» — Cierta india no morirá mientras lave la ropa de Mariana. — «En el cielo nos veremos.» — «Tu hermana no ha de morir de esta enfermedad.» — Abogada de los niños. — Ensancha milagrosamente urnas de Santos. — Predice la vuelta de dos pródigos. — Anuncia pruebas á su antiguo confesor. — Consuela á las benditas ánimas.

FUERA de los males físicos, como son la pobreza y las enfermedades, hay otros que afligen directamente el espíritu y más aún el corazón. Mariana hizo suyas estas penas y las remedió según sus fuerzas, imitando al Redentor, de quien dice el Evangelista que iba sanando toda dolencia y toda enfermedad en el pueblo [1].

En una riña sangrienta un joven fué herido de muerte. Su madre, Doña Catalina de Peralta, corrió á ver á su santa amiga, en busca de consuelo. No le fué menester comunicarle el desgraciado suceso, pues la humilde virgen, cual profeta, estaba al tanto de todo lo ocurrido y por ocurrir. «La muerte del herido es inminente; por lo mismo debe sin pérdida de tiempo confesarse y recibir los últimos sacramentos; por lo que hace á ti, no queda otro remedio que abrazarse á la cruz, conformarse con la divina voluntad y hacer de necesidad virtud»: tales fueron, en resumen, los consejos de la santa, afor-

[1] Mat. IV, 23.

tunadamente seguidos al pie de la letra. El moribundo con grande edificación se reconcilió con Dios, con su enemigo y con el público, á quien pidió perdón del escándalo dado; y veinticuatro horas después expiró. Doña Catalina, como fuera de sí por las primeras impresiones del dolor, se encamina casi inconscientemente á la habitación de la *Azucena*, y por ser hora avanzada de la noche piensa llamar su atención tirando una piedra á la ventana. Asómase luego al punto la solitaria, que está en oración, y dice: «Ya sé, Catalina mía, que vienes traspasada de dolor por la muerte de tu hijo Antonio; no tengas pena, y da muchas gracias á la divina Majestad, porque está en carrera de salvación; no vayas contra la voluntad de Dios, sino dale muchas gracias.»

Un violentísimo terremoto había convertido la ciudad del Cuzco en un montón de escombros, ó, mejor dicho, en un vasto cementerio. La noticia de la catástrofe, con tener que atravesar un espacio de cuatrocientas leguas, llegó á Quito como en alas del viento. Grande fué por ello la consternación en la casa de Mariana, pues tenían en el Cuzco un miembro de la familia. ¿Y qué será de él? ¿No estará como otros muchísimos sepultado entre ruinas? Tales son las horribles incertidumbres que abruman á todos, y en particular á Doña Jerónima. Empero Mariana, que priva con el Rey de la gloria y es su confidente, desvanece todos los temores, asegurando que su común hermano está salvo.

Ningún afligido se acercó á la benéfica solitaria sin recibir positivo alivio, bien porque por su intervención la causa de la pena desaparecía, bien porque la misma pena llegara á ser amada, y por lo tanto dejaba de ser aflictiva. Numerosos fueron en Quito los que experimentaron los valiosísimos consuelos de la caritativa reclusa.

Una india, entrada en años, habiendo caído gravemente enferma, solicitó por el conducto de tercera persona las oraciones de Mariana. Contestóle la santa que con muchísimo gusto la encomendaría á Dios, y que no pasase cuidado por aquel mal, pues mientras le hiciese la caridad de lavarle la ropa ni moriría ni enfermaría. Los hechos correspondieron de todo punto á aquella predicción, pues la lavandera de nuestra Beata murió de pura vejez.

Á Doña Juana Vivas, que le recomendaba á su marido, enfermo de gravedad y desahuciado de los médicos, la consoló en gran manera nuestra *Azucena*, asegurándole que su esposo no había de pagar tan presto tributo á la muerte. En efecto, á poco tiempo levantóse de la cama el enfermo y vivió dos años más.

Doña María de Miranda guardaba cama desde cinco meses; y viendo que su amiga y maestra espiritual, Mariana, no la visitaba, la mandó llamar, siquiera para darle cuenta de sus interiores disposiciones. ¿Quién lo creyera? la sierva de Dios no se dignó ir á la cabecera de la querida enferma; pero su sola respuesta valía por mil visitas: «En el cielo nos veremos; no busque Vd. gusto ni alivio en esta vida, porque muy pronto se hallará en la gloria, y yo

la seguiré dentro de muy poco.» Tan fausta noticia iba acompañada de un ramillete de claveles; todo lo cual llegó á tiempo apenas, pues la enferma casi al instante pasó á mejor vida, siguiéndola Mariana un año después.

Muy diverso del precedente fué el consuelo que dispensó Mariana á otra amiga de mucha confianza, que se hallaba casi moribunda con un horrible tabardillo. Habiéndola visitado nuestra santa, le cogió las manos, y le dijo con tono inspirado: «No te aflijas, que no has de morir de esta enfermedad, y has de vivir muchos años; ¡qué! ¿y piensas que has de llevarme la delantera y ver á Dios antes que yo? Pues sabe que primero he de morir yo que tú.» No obstante esta profecía, la enferma iba empeorando por momentos. Súpolo Mariana algunos minutos antes de acercarse á la sagrada Mesa: después de recibida la comunión, que ofreció por la que al parecer caminaba al otro mundo, dijo terminantemente á Catalina de Peralta: «Bien puedes irte segura á casa, porque tu hermana no ha de morir de esta enfermedad»; y aseguró que así se lo había revelado María Santísima desde una imagen de Nuestra Señora del Pilar. Con esta seguridad Catalina voló llena de confianza á su casa; y la enferma estaba muy aliviada y pedía de comer: lo que hizo con visible apetito. Entre tanto llegó el médico, y su primera palabra fué: «¿Vive aún la enferma?» ¡Cuál no sería, pues, su sorpresa al verla restablecida y con pulso regular! «Señoras», exclamó, «¿por dónde ha venido esto? Esta salud es un prodigio muy grande.»

Nuestra *Azucena* fué abogada no menos poderosa que amante de los culpables que acudían á su amparo. Don Juan Guerrero de Salazar, su sobrino político, tenía un niño sumamente travieso y díscolo. Reprensiones, castigos, caricias, súplicas: todo resultaba ineficaz. Por haber una vez huído de la casa paterna, fué sentenciado á un castigo más severo que de costumbre: ¿no era acaso reincidente? Ya se lo iban á aplicar, cuando escapó y huyó hacia el aposento de Mariana, en busca de un asilo, según él, inviolable; y no se equivocaba, pues su tía abogó por él ante sus exasperados padres, asegurándoles que desde aquel momento el culpable sería un niño sumiso, aplicado al estudio, y bueno. Y desde entonces se condujo tan bien, que mereció ser admitido en la Compañía de Jesús, en la cual murió santamente, como suelen morir los buenos soldados del Redentor.

Protección más estupenda todavía dispensó igualmente á otros niños la ínclita virgen, según leemos en el Proceso. José Rodríguez de Paredes y Cosme de Caso, ambos sobrinos de la santa, habían oído misa un día de la Ascensión en la iglesia de San Francisco. El capitán Guerrero de Salazar, encargado de ellos, creyó, con fundamento ó sin él, que no habían cumplido con el precepto en tan solemne fiesta. Bastó la sola sospecha para que, sin averiguar más, les aplicase al pie de la letra el dicho de la Escritura: «Quien excusa la vara, quiere mal á su hijo.»[1]

[1] Prov. XIII, 24.

Fueron requeridos para ello dos indios, debiendo servir el uno de patíbulo y de azotador el otro. Entrado que hubieron todos, juez, verdugos y víctimas, en la habitación de Mariana, que, sin duda por divina disposición, había quedado abierta, cerróse ésta con aldaba y dióse principio á la flagelación. Á las primeras descargas llegó la *Azucena*, á quien se abrieron por sí mismas de par en par las puertas, cediendo sin duda al impulso de algún ángel. Echóles en cara la virgen lo injusto de aquel proceder, declarando que los niños realmente habían oído misa en San Francisco, como lo afirmaban.

Que el capitán haya procedido con alguna ligereza, es muy posible; mas ¿deberáse por esto desautorizar el uso de la vara? Hoy día ha sido desterrada del hogar y de las casas de educación, bajo pretexto de dejar en salvo los decantados derechos del hombre. Por eso al presente abundan más que nunca en toda la escala social los delincuentes. Nuestros antepasados, con haber manejado virilmente la vara, ¿han sido más bárbaros que nosotros?

No sólo los sobrinos, sino también las sobrinas experimentaron, si bien de diversas maneras, los beneficios de su virtuosa tía. Lo demostrará la siguiente anécdota. «Doña Juana de Caso», escribe el Padre Butrón, «tenía una imagen de María Santísima bajo la advocación de Copacabana, á la que profesan mucha devoción los peruanos y otros pueblos de América. Deseando colocarla en un altarcito con

su nicho, mandó construir la urna correspondiente; pero por haber errado las medidas el carpintero, resultó que la imagen con su corona no cabía en la urna: faltábanle cuatro pulgadas. Entró por casualidad Mariana en el cuarto y preguntó por qué no se ponía aquella imagen en su lugar. Díjole Doña Juana que por ser pequeña la urna, y agregó que no le sería difícil á ella hacerla entrar, con solo obrar un milagro. No pudo la humilde virgen oir estas palabras sin horrorizarse, y tapándose el rostro huyó á su aposento. Al día siguiente, al volver de la iglesia, observó que su sobrina estaba muy afligida, y como ya sabía el motivo de tal contrariedad, le dijo que hiciese de nuevo la prueba. La prueba había sido hecha repetidas veces, y era inútil intentar otra vez dar cabida en una urna de algo más de media vara, á una imagen que con su corona tenía tres cuartas: tal fué la contestación de la sobrina. Al oir esto Mariana tomó la imagen en sus manos, y diciendo: «Esta urna se ha hecho para esta imagen», la colocó sin dificultad alguna. Veinticinco años después, esa misma urna fué respetada del rayo, que culebreó alrededor de ella sin hacerla el menor daño.

En otra ocasión la Beata se halló en los mismos conflictos que su sobrina, respecto de un Niño Jesús, á quien el carpintero poco exacto hizo una silla demasiado pequeña; empero ella remedió su propia aflicción con un milagro, como en el caso precedente.

Nuestra preclara niña va á ser de una vez el consuelo de muchos. Una joven seducida quiso saborear los frutos del árbol de la ciencia del bien

y del mal. Árbol de la ciencia del bien y del mal llamo aquí la libertad en todas las formas, la licencia; árbol cuyos frutos fascinan el espíritu y el corazón. En consecuencia abandonó furtivamente el hogar doméstico, desertando á la vez de la virtud y el honor. De ahí siguióse escándalo general, la consternación de los buenos y las congojas de las familias de los dos prófugos. Muchas instancias se hicieron á la seráfica virgen para que tomara á pechos la conversión de aquellos desgraciados. El confesor, las hermanas y las amigas de la santa le pidieron á una que rogara con estas mismas intenciones. Mariana, no contenta con rezar diariamente una *Salve,* como se lo tenía preceptuado el Padre Camacho, pasaba todo el tiempo en un puro clamar al cielo. Al cabo de algunos días dijo: «No se aflijan, porque les hago saber que las dos tales personas se han de reducir á buena vida y han de tener muy buen fin y dichosa muerte»; profecía que empezó á verificarse muy en breve: los dos fugitivos volvieron sobre sus pasos é hicieron ejemplar penitencia, entrando el uno de franciscano, y dedicándose á la piedad y recogimiento la otra.

«Un hombre prevenido vale por dos», dice un adagio; por eso nuestra *Azucena* preparaba con oportunos avisos á los que iban á hallarse en trabajos. Era eso imitar á Cristo nuestro Señor quien con mucha anticipación hizo presente á los apóstoles cuanto habían de sufrir.

El Padre Antonio Manosalvas, antiguo confesor de Mariana, llegó repentinamente á Quito, enviado contra

toda previsión por los regidores de Riobamba. Su primera palabra, después de agradecer á Mariana el viático remitido por ésta para aquel viaje, fué para preguntarle de qué modo había podido saberlo de antemano. «El Esposo que tengo», contestó Mariana, «lo sabe todo y también sabía esta venida, por lo cual envié á Vuestra Paternidad el viático competente.»

Terminados los asuntos que lo habían llevado á Quito, el Padre se despidió de ella para regresar al lugar de su residencia. Díjole la sierva de Jesucristo, entre otras cosas: «Padre mío, vaya con Dios y mire que tenga paciencia; porque le están esperando muchos trabajos, y todos han de ser de cosas que ha de sentir mucho, porque son tocantes á su honra y reputación.» Antes de dos años, el Padre hubo de sufrir, sin merecerlo, humillaciones graves y denigrantes.

Por fin, que nuestra solitaria haya sido el ángel consolador de las benditas ánimas, no hay para qué repetirlo aquí. Ya hemos dicho al transcribir su reglamento de vida, que «desde las ocho de la mañana hasta las nueve sacaba ánimas del purgatorio, ganando indulgencias por ellas».

¡Amado lector! sin hacer milagros, puedes consolar á tus hermanos afligidos de muchas maneras, bien sea quitando la causa de sus penas, cuando es posible, bien sea infundiéndoles valor para santificarlas cristianamente. ¿Lo has hecho? ¿Lo harás?